

Homenaje a Rodó

Conferencia del Doctor A. Giménez Pastor

El Centro Estudiantes de Filosofía y Letras, en el deseo de exteriorizar la pena profunda que determinara en su seno la desaparición de José Enrique Rodó, organizó un digno homenaje a su memoria. Consistía el acto en una conferencia sobre la obra y la personalidad del eminente pensador uruguayo, confiada al doctor Arturo Giménez Pastor.

Evocó en su disertación el doctor Giménez Pastor, la figura literaria de Rodó a través de su copiosa y rica labor intelectual y aquilató la obra realizada por el eximio escritor, emitiendo sobre la misma juicios inestimables.

La apertura de la ceremonia estuvo a cargo de don Jorge M. Rohde, el que pronunció en nombre del Centro el siguiente discurso:

El «Centro de Filosofía y Letras» que presido, celebra, con el amplio beneplácito del señor Decano, un homenaje a la memoria de José Enrique Rodó, cuya muerte en extranjero suelo, allá en la Sicilia helenizante, frente al glauco mar de Eneas, llora un país hermano.

Este escritor de la stirpe ilustre de Rubén Darío, al nutrir su pensamiento con la pujante savia de la tierra americana, supo revestirlo con el áureo velo de las Gracias; y en ondas de armonía así se alzaron, nobles y profundas inquietudes.

Cultor de la verdad, nunca humilla convicciones; enamorado del arte, penetra, henchido de religiosa fe, al reino de la medida y del orden; y en página admirable del «Mirador de Próspero» recoge como Maeterlink, el tesoro inmortal de la belleza, que, algunos espíritus elegidos vislumbran y le erigen un templo, en el silencio, de temor de profanarla.

El doctor Arturo Giménez Pastor con su elocuencia acostumbra, estudiará ante nosotros la vida y la obra del insigne maestro, caído en plena lozanía intelectual, quizá por merecer como en el verso clásico, la sonrisa de los dioses.

He dicho.

El nuevo Ariel

Hace un lustro, algunos jóvenes de menos de veinte años, fundamos un centro cultural. El rótulo surgió espontáneo: llamamos a ese hijo nuestro Centro de Estudios «Ariel».—Adoptamos como divisa estas palabras de Rodó:

«Ariel, genio del aire, representa, en el simbolismo de la obra de Shakespeare, la parte noble y alada del espíritu: Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida».

La acción de la sociedad fue fecunda; la Revista que publicó bajo la dirección de Alberto Palcos obtuvo esta colaboración de Rodó. (N. de la D.)

El nombre de *Ariel*, significa en la evolución de las ideas que han preparado la actual orientación del pensamiento hispano-americano, la afirmación del sentido idealista de la vida contra las limitaciones del positivismo utilitario; el espíritu de calidad y selección, opuesto a la igualdad de la falsa democracia, y la reivindicación del sentimiento de la raza, del abolengo histórico latino, como energía necesaria para salvar y mantener la personalidad de estos pueblos, frente a la expansión triunfal de otros, en que llegan a su más alto punto distintas tradiciones humanas.

Tuvieron aquellas páginas la virtud de la oportunidad, que explica su difusión extraordinaria y la repercusión de simpatía que las ha multiplicado en mil ecos. Se escribieron cuando un positivismo bastardeado ejercía aún el imperio de las ideas; cuando el impulso de engrandecimiento material y económico, caracterizando la que llamó Sarmiento nuestra «época cartaginesa», llevaba todavía a un exclusivo aprecio del aspecto utilitario de la civili-

zación, y tendía a legitimar el rasero nivelador que abate superioridades y prestigios sociales para dejar sólo subsistente la primacía del éxito y la fortuna. Se escribieron cuando la preeminencia absoluta del modelo anglo-sajón y la necesidad de inspirar la propia vida en la contemplación de ese arquetipo, a fin de aproximársele, eran el criterio que predominaba entre los hombres de pensamiento y de gobierno, en las naciones de la América latina: el criterio ortodoxo en universidades, parlamentos y ateneos.

Las notas características que ofrece, en el momento actual, la producción literaria hispano-americana, en lo que se refiere a la exposición de ideas y sentimientos colectivos, manifiestan que el espíritu de *Ariel* no era una ráfaga personal y pasajera, sino el signo de una transición que estaba en la virtualidad del pensamiento de su tiempo y que debía generalizarse y prevalecer, porque concordaba con el sentimiento a que ya universalmente se inclinaban las corrientes intelectuales y morales. Hoy, generaciones nuevas reconocen en *Ariel* la «melodía de ideas», el sentimiento de la vida, que espontáneamente brota de su propia conciencia. Toca a esas generaciones demostrar que nuestro ambiente americano no es incapaz de contener la ejecución de tal programa en la esfera de la realidad y de la acción. Y entretanto, suyo es el nombre y suya la bandera, ya que la eficacia y repercusión de una primera palabra es triunfo casi siempre impersonal, por aquello de que *tienen su destino los libros*.

José Enrique Rodó

Montevideo.

